

# Los problemas de la democracia. Breves notas sobre el racismo como mecanismo de exclusión y jerarquización social.

Sebastián Cardella<sup>1</sup>

## Resumen

En el último tiempo se han producido diversos “linchamientos” en la ciudad de Buenos Aires y en algunas provincias del interior del país, con la intención de llevar adelante una cierta modalidad de “justicia por mano propia” por parte de un importante sector de la ciudadanía. En este marco, la proliferación y recuperación de discursos de tipo “racial”, ha jugado un rol muy importante a la hora de la producción -y legitimación- de dichas prácticas. Por lo demás, la así llamada “situación de inseguridad” ha sido una de las cuestiones a la que más se ha apelado para fomentar estos discursos. Este trabajo se propone analizar y describir la forma en que se origina el “racismo” en las sociedades modernas, la manera en que éste juega un rol crucial a la hora de producir diferencias al interior de una sociedad determinada. Se buscará comprender su “lógica”, así como las consecuencias que ésta acarrea para la convivencia democrática, tomando a los “linchamientos” como uno de los casos de este último tiempo en donde dicha “lógica” del racismo logra manifestarse con una virulencia inusitada. Intentaremos, por lo demás, realizar un recorrido histórico para delinear la génesis de la forma particular con la que el racismo se manifiesta en nuestro país. A partir de todo esto, entonces, se abordará la tensión existente entre racismo y democracia, tratando de observar las maneras en que los discursos y modos de representación racial sirven para legitimar formas de “jerarquización” al interior de la sociedad.

---

<sup>1</sup> Lic. en sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). [Sebastiancardella@hotmail.com](mailto:Sebastiancardella@hotmail.com)

## Los problemas de la democracia. Breves notas sobre el racismo como mecanismo de exclusión y jerarquización social.

### Racismo y modernidad: una relación complementaria

Nos dice Eduardo Gruner, en un gran ensayo sobre “racismo y modernidad”: “El racismo, tal como lo conocemos y lo concebimos actualmente, es un ‘invento’ estrictamente *occidental y moderno*” (Gruner, 2010: 18). Es decir: la forma en que se entiende al “racismo” hoy, o sea, en tanto concepción teórica que justifica “científicamente” la diferencia de un “otro” *patologizando* esa diferencia, que lo transforma no sólo en un ser “distinto” sino en uno “inferior” y “peligroso” para nuestra vida, es un producto absolutamente moderno<sup>2</sup>. Por tanto, nos proponemos en esta primera parte de nuestro trabajo demostrar los orígenes del racismo en la modernidad, determinando el papel “crucial” que el mismo juega para las sociedades modernas en lo que respecta a la legitimación de diversas formas de jerarquización social.

Así las cosas, y siguiendo con Gruner, este señala que, si bien las primeras representaciones que designaron a un “otro” como alguien “inferior” fueron producidas al momento de ocasionarse el encuentro de Europa con los “indígenas americanos” –un “encuentro” que terminó por conformar, como contrapartida, el imaginario identitario europeo–, fue, más bien, en una etapa posterior cuando el racismo logró dar su gran “salto cualitativo”: nos referimos al momento en que se recurrió a la utilización de mano de obra esclava proveniente de África, con el objeto de ponerla a trabajar en las plantaciones de tabaco, algodón, etc. que, junto a la minería, contribuyeron a ubicar a Europa en el *centro* del sistema mundial (cuando antes, como sabemos, ella fue tan solo una “periferia” -del imperio islámico, por ejemplo-) (Gruner, 2010). Es decir: la mano de obra esclava en América fue esencial para lo que Marx dio en llamar la “acumulación primitiva del capital”; o sea, y para ser más claros: la esclavitud africana en América no es un anacronismo, sino un elemento esencial que formó parte de la historia del naciente capitalismo moderno.

---

<sup>2</sup> Continúa diciéndonos Gruner: “Todas las épocas y sociedades conocieron o practicaron alguna forma de etnocentrismo, de segregación, de autoafirmación mediante la exclusión o la discriminación de un ‘Otro’. En la inmensa mayoría de las lenguas de las culturas llamadas ‘primitivas’, la palabra que designa al propio grupo o “etnia” significa, en dicha lengua, ‘Hombre’ o ‘Humanidad’: la implicación es que los otros son *otra cosa*, no estrictamente humana. Esto es así, y probablemente lo seguirá siendo, “multiculturalismo global” o no: ninguna idealización de la dudosa ‘naturaleza humana’ bastará para tapar el sol con la mano. Sin embargo, insistamos: el *racismo* estrictamente dicho –es decir, la ‘teoría científica’ según la cual, por ejemplo, los negros (o quien corresponda en cada caso) no sólo son *diferentes* sino *inferiores*, y a veces, muchas veces, merecedores de explotación despiadada, e incluso de exterminio– es un discurso de la *modernidad*, estrechamente vinculado a lo que ha dado en llamarse el *eurocentrismo*, y por lo tanto no anterior –por simplemente darle una fecha de esas llamadas ‘emblemáticas’ - a 1492”. (Gruner, 2010: 18).

Y, entonces, ¿por qué el racismo? Por la simple razón que, para una civilización como la moderna que enarbolaba las banderas de la “libertad individual” –traídas por el ideario liberal-, fue necesario justificar de cierta forma esa esclavitud que venía a contradecir en los hechos los ideales postulados. Es decir, que “había que explicar(se) de alguna manera que la *misma* civilización cuyo basamento filosófico-moral era –o pretendía ser- la premisa inalienable de la *libertad individual*... estaba en buena parte apoyada, en términos económicos, en la esclavitud de millones de seres humanos” (Gruner, 2010: 19). Se necesitó apelar, así, a la construcción imaginaria de una “otredad negativa” (Feierstein, 2011: 216), convirtiendo a la misma, a partir de sus rasgos, en un ser *inferior*. Más precisamente, la solución consistió en establecer la existencia de razas *inferiores* que no habían arribado todavía –supuestamente- al estadio “civilizado”, por lo que la esclavitud podía ser, de esta forma, una buena y necesaria instancia de aprendizaje para posibilitarles a esos sujetos su entrada en *la Razón y la Cultura*.<sup>3</sup>

Por ende, el racismo venía a ayudar para legitimar la esclavitud, y así resolver una contradicción propia de una modernidad que postulaba la libre iniciativa individual pero, a la vez, utilizaba mano de obra esclava para la acumulación y reproducción del capital. Asimismo, el racismo –repetimos: aquellas representaciones e imaginarios que hacen de un grupo de seres humanos un sujeto inferior y/o peligroso a partir de algún rasgo o dimensión particular- también fue un mecanismo utilizado para resolver *otra* contradicción fundamental surgida en la modernidad, a partir de una nueva idea igualmente traída por la concepción liberal: nos estamos refiriendo a aquella que postula la *igualdad natural de todos los hombres*. Expliquémonos.

En los tiempos modernos<sup>4</sup>, la burguesía ascendente, en su necesidad de disputarle el poder a la nobleza y de disolver un orden estamental fuertemente estructurado sobre bases religiosas (más precisamente, cristianas), necesitó desmoronar aquel mecanismo de legitimación simbólico a partir del cual la nobleza lograba justificar dicho poder, el mismo apoyado en una “concepción jerarquizante del ser humano” (Feierstein, 2011: 114). Por ello, la nueva ideología liberal –sobre

---

<sup>3</sup> “En los regímenes esclavistas antiguos (orientales o greco-romanos, pongamos) el problema no se presentaba: no existiendo la premisa [de la libertad individual] (que sólo le es imprescindible a la “libre iniciativa” del propietario moderno), los esclavos podían serlo “por naturaleza” –como lo sostenía el mismísimo Aristóteles- pero no por el color de su piel: la esclavitud antigua, si se nos permite un chiste de mal gusto, era completamente ‘multicultural’. Sólo a la modernidad se le plantea la cuestión de tener que *legitimar* la esclavización de toda una categoría de seres humanos, en este caso los *negros*. La ‘solución’ ideológica para esta contradicción fue una exacta aplicación de la definición genérica que nos da Claude Lévi-Strauss del *mito*: un discurso que resuelve en la esfera de lo *imaginario* los conflictos que no tienen solución posible en la esfera de lo *real*. La respuesta: hay ‘razas’ *inferiores* –la negra y la cobriza, en el caso de la colonización- que aún no han alcanzado el estadio civilizado, y para las cuales la esclavitud puede ser una buena escuela que les permita el ingreso a *la Razón*, a *la Religión Verdadera*, a *la Cultura*”. (Gruner, 2010: 19).

<sup>4</sup> Nos basaremos ahora en los análisis realizados por Daniel Feierstein en su trabajo sobre el genocidio. Para más información, véase Feierstein, Daniel (2011): “El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina”, Buenos Aires, FCE.

cuyas bases se vertebró el nuevo Estado moderno- otorgó un carácter jurídica y simbólicamente igualitario al ser humano, siendo éste uno de los máximos aportes del pensamiento moderno.

Fue en este marco, entonces, en el que surgió la nueva figura del “ciudadano”, la cual dio origen a una fuerte “ruptura” con respecto a las cosmovisiones extremadamente “jerarquizantes” de los tiempos antiguos: de ahora en más, todo “ser humano” *por el hecho de serlo*, no podía ser considerado inferior a otro, por lo que debía ser portador de los mismos derechos. Es decir, la nueva imagen del “ciudadano moderno” traía aparejada la idea del *otro* como *igual*, como un semejante. Para ser más claros: en tanto miembros de la “humanidad” o de la “especie humana”, y solamente por el *hecho de pertenecer a ella*, todos los seres humanos debían ser considerados como iguales; o sea que no se podía establecer una jerarquía -por decir, “natural” o “a priori”- entre los hombres, con lo cual la concepción jerarquizante del ser humano proveniente del medioevo quedaba, así, herida de muerte.

Ante este postulado, la burguesía lograba quebrar el privilegio de la nobleza y así desmoronar el orden estamental anterior. Sin embargo, surgía una gran contradicción: si los hombres, en tanto miembros de la especie humana (vale decir, de la “humanidad”, categoría que aparecía por estos momentos), eran *por naturaleza iguales*, ¿por qué su situación presente era desigual? La justificación provino, en primer lugar, por el lado de la pluma de los liberales como Adam Smith, quienes legitimaron la desigualdad actual por ser un producto de los designios del mercado y de “su mano invisible”. Igualmente, este argumento no resultaba del todo suficiente para justificar la continuidad de las políticas estatales discriminatorias. Se necesitaba, entonces, articular un discurso que pudiera ser más convincente, y fue aquí cuando se apeló a un elemento distintivo que no falló en la consecución de este objetivo: el *racismo* (Feierstein, 2011).

El racismo, entonces, vuelve a aparecer ahora como elemento esencial para solucionar otra profunda contradicción moderna, dirigiéndose a quebrar una idea de “igualdad natural” que, aunque limitada y formal<sup>5</sup>, se convertía en un elemento “molesto” para las clases dominantes una vez instaladas en el poder, así como también en una idea potencialmente subversiva y, por tanto, peligrosa para los objetivos de la misma<sup>6</sup>. De esta manera, con el racismo surgía una gran herramienta ideológica para legitimar las diferencias y, por consiguiente, para romper con aquella cosmovisión que afirmaba la “igualdad natural” de todos los hombres. Así, el racismo cuestionaba este concepto estableciendo

---

<sup>5</sup> Vale aclarar que, la figura del “ciudadano”, efectivamente instaló la imagen del *otro* como un “igual”, como un semejante, aunque sólo lo hizo en un plano simbólico y jurídico negando la igualdad en otros planos, como pueden ser el social, el económico o el de género. Por eso es que hablamos de una igualdad que se queda en la “pura forma” (“igualdad formal”).

<sup>6</sup> Idea potencialmente subversiva dada la posibilidad, siempre presente, de poder utilizarla “como sustento de los procesos de autonomización de las relaciones sociales” (Feierstein, 2011: 116).

límites a la noción de ciudadano: límites suaves como en el caso del ‘buen uso de la razón’ de Kant (...) o límites definitivos, como en el caso del racismo francés anti-burgués del conde de Gobineau (recuperado por la propia burguesía del siglo XX) o, mucho más acorde con el liberalismo, el racismo inglés evolucionista, con base en los trabajos de Herbert Spencer y su peculiar interpretación de Charles Darwin (Feierstein, 2011: 115).

Por lo tanto, el racismo se convertía, en este marco, en el gran mecanismo simbólico que se utilizaba para quebrar esa “igualdad natural humana”, con el cual se lograban construir “otredades” (negativamente) diferentes de “la mayoría”, de aquellos considerados, justamente, como “iguales”. Era el racismo, por lo demás –y ahora siguiendo los análisis realizados por Michel Foucault en su *genealogía del racismo* (Foucault, 1993)- aquel elemento necesario que le brindaba al Estado o a una sociedad la posibilidad de quitarle la vida a un grupo de ciudadanos. Nos dice, al respecto, el filósofo francés: “el racismo está ligado al funcionamiento de un Estado que está obligado a servirse de la raza, de la eliminación de razas o de la purificación de la raza para ejercer su poder soberano” (Foucault, 1993: 268). Gracias a él se podía ejercer el derecho de matar a un “otro”: las víctimas se configuraban como una “raza anormal y peligrosa” que debía ser eliminada “para preservar la salud del conjunto”. En un contexto como el de la modernidad en donde se producía el despliegue de lo que Foucault llama el “*biopoder*”<sup>7</sup>, marco en el que el Estado debía garantizar y optimizar la vida de los ciudadanos, el discurso y la justificación biológico-racial actuaba como el gran mecanismo legitimador de toda matanza colectiva que fuese producida por ese mismo Estado.

Entonces: elemento sustancial para justificar la esclavitud en los territorios americanos durante la etapa de acumulación primitiva del capital, en un contexto en donde comenzaba a consolidarse y tomar vuelo la idea que afirmaba el derecho a la “libertad individual”; instrumento eficaz para quemar esa bandera que enarbolaba la “igualdad natural de todos los hombres”, permitiendo la configuración de “otredades” negativas, identidades “otras” que ponen en peligro –por su “anormalidad”, su “diferencia patológica”- la “vida” y la seguridad del conjunto (de los “iguales”, o, mejor, de los “normales”), el *racismo* se transformó en los tiempos modernos en la herramienta por excelencia para estructurar relaciones de dominación, formas de jerarquización social y, en muchos casos, en el gran mecanismo tendiente a legitimar la matanza de ese sujeto colectivo cuyos rasgos y dimensiones, según esta lógica, “hacían necesaria su eliminación”, en aras

---

<sup>7</sup> El *biopoder* es un tipo de ejercicio del poder que se desarrolla en la modernidad, cuya finalidad es optimizar y promover la vida (“hacer vivir y dejar morir”). El mismo se encuentra comprendido por dos polos: uno, el polo del “poder disciplinario”, poder individualizador, que se ejerce sobre los cuerpos particulares con el objetivo de producir sujetos útiles y obedientes; el otro polo, constituido por la denominada “bio-política”, tiene por finalidad la regulación de la vida ya no de individuos particulares sino de poblaciones enteras, buscando la “optimización de la vida del conjunto”. Por lo demás, el biopoder se diferencia del llamado *poder soberano*, el cual se define por otro principio: “hacer morir y dejar vivir”. Para un análisis más profundo de estas diferentes “tecnologías de poder”, véase Foucault, Michel (1993): “Genealogía del racismo”, Montevideo, Altamira.

de salvaguardar la salud, la vida y la seguridad del conjunto<sup>8</sup>.

### **La “racialización de las relaciones de clase” en nuestro país: un análisis genealógico**

En un trabajo ya bastante destacado, Mario Margulis y Carlos Belvedere tratan de determinar las raíces históricas de los procesos de discriminación que se presentan en nuestro país – y, más específicamente, en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores- en los últimos tiempos (Belvedere-Margulis, 1999)<sup>9</sup>. Comenzando su análisis en la época colonial, los autores describen la existencia, en aquellos inicios, de una sociedad dividida en castas donde la estratificación social se constituyó, fundamentalmente, sobre la base del color y el origen étnico. Estos señalan, a propósito de los sectores que padecieron la discriminación, que “los ingredientes negativos [eran] los que [provenían] del parentesco con el indio y el negro, el uno poblador autóctono, el otro traído coercitivamente a América mediante la violencia y el comercio infame” (Belvedere-Margulis, 1999: 96). Los autores explican que, en aquellas épocas, el trato despiadado para con el indio –al cual se lo sometió a condiciones de existencia y de trabajo inhumanas- provocó el descenso estrepitoso de su población con la consiguiente importación de mano de obra esclava procedente del continente africano. No olvidemos, por lo demás, lo ya señalado anteriormente: el sometimiento de enormes capas de población indígena y negra a condiciones de servidumbre y esclavitud –y su papel crucial en la ya destacada “acumulación primitiva del capital”- entrará en contradicción, más tarde, con la explosión del imaginario liberal y su reivindicación de la “libre iniciativa individual” y de la “igualdad natural de todos los hombres”, tensión que será resuelta por el racismo y su justificación de las desigualdades.

Así, la estigmatización, el desprestigio, las cualidades y los valores negativos fueron adheridos desde un principio a las “razas” consideradas *inferiores* –indios y negros- y sus hibridaciones, siendo dicha configuración gestada por los blancos europeos, emprendedores de la conquista colonial. De esta forma, se conformaba todo un modo de representación que quedaba

---

<sup>8</sup> Feierstein, muy acertadamente, sostiene que la construcción de una “otredad negativa” –su señalamiento, su marcaje como un sujeto social diferente, como portador de ciertos rasgos y caracteres negativos que lo hacen distinto al resto (a los “normales”, a los iguales entre sí), poniendo en peligro su seguridad y su vida- es el primer momento de todo proceso genocida (Feierstein, 2011).

<sup>9</sup> Queremos señalar que, si bien los análisis elaborados en este trabajo tratan de establecer una continuidad entre ciertas formas de racismo producidas en la época colonial y las acaecidas hacia fines del siglo XX en nuestro país, creemos que -sin cometer ningún tipo de exageración- aún es posible sostener que muchos de los discursos discriminatorios de la última etapa del siglo pasado que los autores logran destacar (como, por ejemplo, aquellos discursos que buscan denigrar llamando “villeros”, “vagos”, “negros” etc. a un sector particular de la población local) todavía persisten en gran parte de la ciudadanía argentina, sobre todo en una porción significativa de lo que se suele conocer como “clase media”. Por eso, consideramos necesario remitirnos a este trabajo no sólo por el análisis “genealógico” de la discriminación que realiza, sino, también, por su tremenda e incuestionable actualidad.

cristalizado en leyes escritas, imaginarios y valoraciones estéticas, donde permanecía instalada la superioridad de lo blanco y europeo por sobre lo autóctono, lo aborígen y lo perteneciente a las comunidades negras. En este marco, Buenos Aires se ubicaba entre aquellas ciudades en las que la distribución desigual de los recursos y la consideración social eran muy evidentes y fuertemente contrastadas.

Entonces: “el grado de inferioridad o de jerarquía dependía de la proporción de sangre india o negra en el variopinto mosaico del mestizaje” (Belvedere-Margulis, 1999: 96). Por lo tanto, hablamos de una sociedad fuertemente jerarquizada, donde la cúspide de la pirámide fue ocupada por los blancos europeos y secundada por los criollos, mientras que la “base” estuvo constituida por un amplio conjunto de personas de piel oscura con ascendencia india y/o negra, la misma utilizada para el trabajo en condiciones sumamente opresivas en beneficio de los sectores dominantes – gracias, como venimos diciendo (y a riesgo de ser reiterativos), al imaginario instalado que supuso desde un principio la superioridad del “blanco europeo”, vertebrándose así todo un modo de representación que, con leves modificaciones, todavía tiene vigencia en nuestra actualidad, como alcanzaremos a demostrar.

Por lo demás, cabe señalar que las distancias sociales constituían, en muchos casos, no sólo un problema social sino también un asunto urbanístico: “la existencia de [muchos] contingentes pobres y de piel oscura era designada despectivamente por los observadores y funcionarios coloniales como ‘un aumento en el número de ‘ociosos’, mendigos, vagabundos y delincuentes’” (Belvedere-Margulis, 1999: 98)<sup>10</sup>. *Inferiores* pero también *peligrosas*, estas masas “oscuras e indigentes” fueron (y serán) sistemáticamente consideradas como incapacitadas para desarrollar una “vida urbana civilizada”.

Pasado el tiempo, y a medida que el Río de la Plata fue dejando de ser una sociedad de castas para convertirse en una sociedad de clases, “las desigualdades jurídicas y materiales fueron cambiando su carácter, aunque mantuvieron su coloración” (Belvedere-Margulis, 1999: 82). Así fue como, de la configuración de una pirámide social fuertemente estructurada, la cual distinguía en su cúpula a blancos y, en su base inferior, a indios, negros y mestizos, se pasó a un sistema social cuyos polos encontraron a los grandes terratenientes, por un lado, y a los peones y campesinos pobres, por el otro. En esta mutación, sin embargo, había algo que lograba permanecer: “en

---

<sup>10</sup> “Inicialmente, esta clase baja estaba compuesta por indios desarraigados, esclavos africanos, fugitivos y buscadores de fortuna españoles y portugueses que se hundían en una vida de pobreza y delincuencia debido a la inestabilidad económica y social del período posterior a la conquista. Estos grupos originarios se vieron muy pronto incrementados por personas de ascendencia mixta, como los mestizos y los mulatos, que no podían encontrar un lugar en el nuevo medio colonial, debido a la vaguedad de su condición social y legal. Muchos de estos individuos vagaban por la campiña en una búsqueda, a menudo desesperada, de caridad o de oportunidades económicas. Otros se hacían asaltantes o bandidos (...) Un número considerable se quedaba en las grandes ciudades, donde se convertían en el núcleo de una clase baja cada vez más problemática” (Haslip-Viera, 1992, citado en Belvedere-Margulis, 1999: 99).

términos de población, la base [fue] la misma, dado que la mano de obra [provenía] de los sectores que eran marginados en la sociedad colonial según su ascendencia y coloración de la piel. Las relaciones de clase en la Argentina [estuvieron] signadas, desde mucho antes de su nacimiento como nación, por un sustrato racial” (Belvedere-Margulis, 1999: 82).

Por lo tanto, vemos como aquel desprecio por el indígena, el negro, el mestizo, etc. logró perdurar en el tiempo, siendo un imaginario que -aunque con ciertas modificaciones- tuvo, también, una gran relevancia en la época en que fuera constituido el Estado Nacional Argentino. No olvidemos que el mismo se consolidó con un acontecimiento paradigmático: nos referimos a la llamada “Conquista al desierto”, protagonizada por el General Julio Argentino Roca, en un marco en que confluyeron el auge de las ideas liberales (además del positivismo y de las teorías darwinianas, tan en boga por aquel entonces) llevadas a cabo por una generación decidida a organizar la nación, produciendo su inserción económica en un mercado mundial hegemonizado económica, política y culturalmente por las potencias capitalistas europeas. Aquí, la lucha contra el indio estuvo encuadrada en una renovada y firme racialización, la cual enarboló la supremacía de lo blanco y europeo por sobre las personas de color, de indios, mestizos y castas (así se llamaba a los afromestizos desde la época colonial).

Así, y en el marco de la “organización nacional”, la política de los sectores dominantes estuvo signada por la frase de Alberdi: “gobernar es poblar”. El momento se hacía propicio para la explotación de la gran cantidad de tierras con las que el país contaba –fundamentalmente luego de las campañas de Roca y su triunfo sobre las naciones indígenas-. Se requería fuerza de trabajo para ponerlas en producción y valorizarlas en los mercados europeos. De esta forma, se fomentó la inmigración proveniente de Europa, ya que se consideró imposible hacer que los distintos pueblos enmarcados en la estigmatizante noción de “barbarie” -gauchos, indios, mestizos, mulatos, considerados todos ellos en tanto “razas” inferiores, díscolas e indisciplinadas- puedan desempeñarse de manera “civilizada”, es decir, con la disciplina laboral y el virtuosismo necesario, algo que, según la “elite ilustrada”, los europeos ya traían consigo y que, por tanto, se hacía necesario importar. Esto es algo que, como pudimos observar, fue introducido durante la etapa colonial, gracias al imaginario que designaba a los blancos europeos como superiores a los indios, negros, mulatos, etc., sectores éstos con los que no se podía contar si se quería llevar a cabo una vida “digna y civilizada”.

Fue por aquel entonces, que el ideario positivista, darwinista, evolucionista y racialista penetró en las clases dirigentes argentinas, las cuales estaban convencidas de la necesidad de incorporar población europea –fundamentalmente, nórdica y anglosajona- con el objetivo de superar ese “espíritu negativo” que reinaba en nuestro territorio, proveniente de la influencia

hispánica y de la “barbarie” representada por indígenas, mestizos y criollos (hay que aclarar que, para estos intelectuales de fines de siglo XIX y principios del XX, la influencia hispánica en América no era considerada como algo a destacar, ya que el español era concebido como un europeo de “menor calidad” en comparación a la superioridad racial y cultural que mostraban ingleses, franceses, alemanes y nórdicos). Por lo demás, vale remarcar, nuevamente, que este pensamiento no sólo sostuvo la superioridad racial del europeo con respecto al nativo, sino también su superioridad cultural. Por ende, nos dicen los autores que “si bien el sujeto [era] racializado, [resultaba] deseable en tanto que [constituía] el soporte de una civilización mejor” (Belvedere-Margulis, 1999: 113).

Con los años, y sobre todo después de la crisis de los ‘30, la inmigración europea fue sustituida por la llegada de otros migrantes que acudieron a Buenos Aires y a otros centros urbanos, con el objeto de integrarse al incipiente proceso de industrialización. Así, nuevamente la masa mestiza se instalaba en la ciudad “blanca”, proveniente fundamentalmente del interior y de los países limítrofes, reactivándose el antiguo dispositivo que contraponía civilización a barbarie, aunque con formas diferentes y novedosas. Era la intolerancia a ese *otro* marginal, pobre, que cuestionaba el mito de “la argentina blanca y europea”, la que imponía nuevamente la recuperación y reactivación de aquellos imaginarios.

Así, una mirada al pasado histórico permite dar cuenta de aquellas construcciones, aspectos, cosmovisiones, procesos que dieron lugar a lo que Margulis y Belvedere llamaron la “racialización de las relaciones de clase” en nuestro país, y que todavía perduran en las modalidades actuales en las que se despliegan los vínculos de clase en América Latina y, particularmente, en Argentina. Se puede apreciar hoy que

a las desigualdades económicas se suman procesos culturales, modos de valoración, mensajes y acciones que connotan una desigualdad valorativa, y constituyen una ‘otredad’ pobre, marginada social y espacialmente, sobre la que pesa un imaginario que le atribuye una gama de características negativas. Esta negatividad reside no sólo en los epítetos, también en actos y en mensajes de sospecha, este ‘negro’, ‘bolita’, ‘cabecita’, es considerado inferior: la naturaleza lo ha constituido sucio, ignorante, perezoso (...) Es vivido, también, como un otro peligroso al que hay que mantener a distancia, que infunde temor, que nos puede atacar y despojar (Belvedere-Margulis, 1999: 96)

Toda una construcción que, como vimos, viene de épocas muy remotas, y que fue parte de un discurso dominante al momento de organizar la nación, constituir las bases institucionales tendientes a integrar a nuestro país al sistema económico mundial, una tarea que sólo podía ser llevada adelante, desde la óptica de nuestras clases dominantes, con hombres “blancos y europeos” dignos de la misma, y no con nativos a quienes se les adjudicaba la suciedad, la animalidad, la holgazanería, la miseria, el vicio y la barbarie.

## Los dilemas de la democracia: los linchamientos y los efectos destructivos del racismo

Como vimos, el racismo le sirvió a la modernidad para resolver sus propias contradicciones, como, por ejemplo, para dar respuesta y legitimidad a la esclavización (de indios y de negros) en un momento en que comenzaba a diseminarse la idea de libertad individual como un valor irrenunciable, así como para “quebrar” aquel postulado potencialmente subversivo que sostenía la igualdad natural de todos los hombres. Así es que, entonces, para poder romper con todas estas nociones y resolver las contradicciones que las mismas promovían, las ideas racistas venían a “dar una mano”, al permitir la justificación de aquellas políticas segregacionistas y discriminatorias que se dirigían a determinados sujetos sociales –que llevaron, en varias circunstancias, lisa y llanamente, a su exterminio-, los cuales pasaban a ser concebidos como portadores de rasgos y caracteres “negativos” que los transformaban en sujetos “anormales”, inferiores pero también peligrosos para la seguridad y la vida del conjunto de una población.

La historia en la que se inscribe nuestro país y nuestro territorio latinoamericano es testigo de esto: la esclavización, el sometimiento y el exterminio de amplias capas de la población negra, india, mestiza y casta, así como la estructuración de las relaciones de clase en términos racialistas, son un claro ejemplo de lo que venimos diciendo. El imaginario racial que puso al blanco europeo como superior al aborigen, al negro y al mestizo, caracterizando a estos últimos como salvajes, bárbaros, holgazanes, como una clase de individuos que llevaban en “su ser” y en sus costumbres el vicio, la animalidad y la delincuencia -por lo que, según la elite dirigente argentina, se hacía difícil su integración-, configuró todo un mapa simbólico que en nuestro tiempo todavía sigue operando e influyendo en los fenómenos discriminatorios, particularmente el que pesa sobre nuestros “negros actuales”, sobre nuestro “otro” negativamente diferente: el “villero”, el “bolita” y, en general, todos esos sujetos inmigrantes provenientes de países limítrofes y/o del interior del país y que portan en el cuerpo la señal del mestizaje (Belvedere-Margulis, 1999).

Así es que, en este último tiempo, y gracias al discurso -extremadamente exacerbado en nuestros días- ligado a la “inseguridad”, un discurso que toma a ésta última como “algo dado” y que la liga sólo al “delito” cometido por los sectores populares –estableciendo un vínculo directo entre pobreza y delincuencia-<sup>11</sup>, vuelven a desempolvarse toda una gama de imaginarios y modos de representación tendientes a marginar, a estigmatizar a este sujeto social (el joven pobre, mestizo,

---

<sup>11</sup> Para más información acerca de la forma en que se construye la “inseguridad”, véase Galvani, Mariana; Mouzo, Karina; Ortiz Maldonado, Natalia; Rangugni, Victoria; Recepter, Celina; Rios, Alina Lis; Rodríguez, Gabriela y Seghezzo, Gabriela (2010): “A la inseguridad la hacemos entre todos”, Buenos Aires, hekht libros.

que habita en los barrios periféricos de las grandes ciudades), conformándose una “otredad” negativa contra la cual menester es “hacer algo urgente”, porque sus rasgos lo convierten en *peligroso* para la vida y seguridad de “la gente” (término con el cual se alude al “vecino, blanco, de clase media”). Es decir: vuelve a recuperarse –con sus nuevos matices, desde ya-, todo un imaginario que puede rastrearse desde la época colonial, que atraviesa la etapa de estructuración del Estado Nacional Argentino y que, como vemos, llega hasta nuestros días, y que transforma al *villero* –el *bolita*, el *negro vago* y *delincuente*, etc.- en heredero de toda esa historia de descalificación e injuria con la que se ha ido configurando “esa genealogía de los estigmas en nuestro país” (Belvedere-Margulis, 1999: 121).

Este discurso ligado a la “inseguridad” –que, fundamentalmente (aunque no sólo), baja de los grandes medios de comunicación-, que nos habla de un “otro” peligroso –otra vez: el joven pobre, de tez oscura, que vive en las llamadas villas de emergencia o en los barrios periféricos de la ciudad-, es “*el*” mecanismo por excelencia actual que sirve para estigmatizar y, sobre todo, criminalizar a un sector social en particular, con un sinfín de efectos y consecuencias, entre las cuales nosotros queremos hacer mención a una, muy particular, muy específica, en donde se deja ver con notoriedad la aparición de esa “criminalización” de la que hablamos y, por supuesto, del imaginario “racista” que, una vez más, la sustenta: nos referimos, fundamentalmente, a los denominados “linchamientos”.

Entre Marzo y Abril de este año 2014, se han producido una serie de “linchamientos” en Rosario, Capital Federal, La Rioja, Río Negro, Santiago del Estero, Tierra del Fuego y en otros lugares del país. Uno de ellos acabó con la muerte de David Moreira, de 18 años, quien el 22 de Marzo fue atacado por una turba supuestamente por haber intentado robar una cartera, falleciendo tres días después, producto de la golpiza. Luego de todo lo dicho en este trabajo, nos preguntamos: ¿Contra quienes se dirigen esos linchamientos? Como es de suponer, contra aquellos que, para el imaginario racial y el discurso que baja de los medios de comunicación, son un parásito, vagos y delincuentes casi por naturaleza: los “villeros”, los jóvenes de piel oscura y de pocos recursos que habitan en los barrios periféricos de las ciudades. Es decir: contra un sujeto social que responde a un estereotipo –el “pibe con gorrita, de tez oscura”-, al cual se lo configura como una “otredad negativa” portadora de aquellos rasgos y características que vienen siendo una constante desde épocas remotas (esas que establecen la vinculación entre color de piel y vagancia, origen étnico y salvajismo, entre otras cuestiones); o sea que, si antes era el indígena o el mestizo el “vago”, el “salvaje” y el “delincuente”, hoy este lugar es ocupado por el “pibe de la villa”; una “otredad”, entonces, frente a la cual *hay que cuidarse de cualquier forma, inclusive apelando a métodos drástico tales como el linchamiento*.

De esta manera, el “linchamiento” no es una condena por el crimen o delito cometido (lo cual, vale aclarar, tampoco lo justificaría): es una reacción contra un sector social particular, al cual se le asignaron ciertos rasgos y características que lo convirtieron en alguien digno de recibir tales “castigos”. Por ejemplo, se destacan este tipo de comentarios en una noticia del diario llamado “Crónicas Fuegoquinas”, ante un linchamiento ocurrido en la ciudad fueguina de Río Grande, en respuesta a alguien que había cuestionado el accionar policial<sup>12</sup>:

**Anónimo** [abril 07, 2014](#)

Y vos que hablas rocho de mierda!!!Para vos también va a haber plomo Gil!!! La gente esta cansada de mierdas como ustedes, uno a uno los van a cagar bien a trompadas negros villeros!!!!!!

**Anónimo** [abril 07, 2014](#)

Esta bien!!! que los maten a esos negros de mierda!!!!!! que los trituren a palos!!!!!! y a vos que comentas tambien hay q pegarte hasta q sangren!!

La legitimación de los linchamientos, por ende, se produce, principalmente<sup>13</sup>, a partir de la apelación a aquellos imaginarios que, una vez más, tienen una larga data, y que tienden a estigmatizar, por su color de piel y origen étnico, a ese “otro” como peligroso, como alguien incapaz de vivir en sociedad (de forma “civilizada”), y que, su presencia, así como sus “propias costumbres” (el vicio, el delito, en fin, la “mala vida”), tienden a poner en riesgo la seguridad y la vida de la “gente bien”.

Entonces: vemos que el racismo es un mecanismo anti-democrático por excelencia: este establece relaciones de desigualdad y formas de jerarquización social, construyendo “otredades” que, por poseer ciertos rasgos, se las diferencia del resto, de los “iguales” o, para hablar con una terminología foucaultiana: se las constituye en “anormales”, en *desviados* que no se ajustan a los “patrones de normalidad” instituidos en y por una sociedad determinada, postulándolos como inferiores y, en algunos casos, como peligrosos para la seguridad del conjunto -de los así llamados “normales”- (Foucault, 1993). Los linchamientos no son más que una consecuencia exacerbada de un discurso centrado en “la inseguridad” que criminaliza a un sector social particular, que lo inferioriza y lo denigra, adjudicándole ciertas características que provienen de épocas remotas, como pudimos ver en este trabajo.

Creemos que los linchamientos operan, entonces, como un castigo hacia un sector social

---

<sup>12</sup> Ejemplos tomados de los comentarios de lectores a la nota S/nombre (2014): “Vecinos evitan robo y linchan a delincuente” [en línea], diario *Crónicas Fuegoquinas*, (Tierra del fuego) <Obtenido en <http://cronicasfuegoquinas.blogspot.com/2014/04/vecinos-evitan-robo-y-linchan-a-ladron-rio-grande-Cronicas-Fuegoquinas.html>> [Consulta: 7 de Agosto del 2014]

<sup>13</sup> Hay que aclarar, también, que junto con este discurso racista y discriminatorio, la idea de la “ausencia del Estado ante la problemática de la inseguridad” es otro de los argumentos esgrimidos a la hora de justificar estos actos, a los cuales se los hace pasar como “ajusticiamientos legítimos por mano propia”.

cuyas características lo convierten en “merecedor” del mismo. El imaginario racista así lo determina. De esta manera, vemos como el racismo, todavía muy presente en los tiempos actuales en nuestro país, no es sino un mecanismo tendiente a legitimar relaciones de desigualdad, prácticas discriminatorias, denigratorias y segregacionistas, así como también permite, en casos extremos, justificar el aniquilamiento y el asesinato de esa “otredad” que fue configurada como “negativa”. Todo esto, por lo tanto, interpela directamente a una sociedad que se quiera y se pretenda democrática. El racismo y sus formas de jerarquización social, así como sus modos de operar –en donde los “linchamientos” no son sino un caso extremo entre tantos otros-, es uno de los más duros obstáculos contra los cuales una democracia debe ponerse en guardia, en caso de que se busquen trazar formas de organización social con un tinte más igualitario. Es decir: si ella quiere prosperar, si ella quiere “democratizarse” y, por ende, salir de los marcos “formales” a los que fue reducida por el discurso “liberal”, menester es que pueda avanzar hacia horizontes de mayor equidad en el plano político, social, económico y cultural, algo que el racismo -por sus propias características- no permite.

## **Bibliografía**

BELVEDERE, Carlos y Margulis, Mario (1999): “la racialización de las relaciones de clase en Buenos Aires: genealogía de la discriminación”, en *La segregación negada*, Buenos Aires, Ed. Biblos.

FEIERSTEIN, Daniel (2011): “El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina”, Buenos Aires, FCE.

FOUCAULT, Michel (1993): “Genealogía del racismo”, Montevideo, Altamira.

GRÜNER, Eduardo (2010): “Racismo/Modernidad: una historia solidaria”, en *Cuadernos del Inadi*, edición N° 1, Buenos Aires.

## **Otras fuentes consultadas:**

S/Nombre (2014): “Vecinos evitan robo y linchan a delincuente”, *Crónicas fueguinas* (Tierra del fuego). <Obtenido en <http://cronicasfueguinas.blogspot.com/2014/04/vecinos-evitan-robo-y-linchan-a-ladron-rio-grande-Cronicas-Fueguinas.html>> [Consulta: 7 de Agosto del 2014]